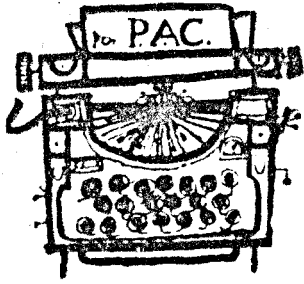


escrito a máquina

El último viaje del poeta andariego



Sentí mucho no haber asistido, por encontrarme fuera de Nicaragua, al traslado de los restos del Padre Azarías H. Pallais de León a Corinto. El amor de sus feligreses ordenó —por que el amor siempre ordena— en el movimiento de los símbolos, que el gran poeta reposara finalmente donde debía reposar: cercano al Mar que fue también su último gran poema.

Rubén comienza a ser Rubén junto al Mar.

“En 1880 había un niño en Nicaragua —escribe Ernesto Cardenal— en la costa de Corinto, soñando con el mar”. “Había nacido en un país fogoso y turbulento que desde hacía siglos pugnaba por salir de sus fronteras. La misma anatomía geográfica de la tierra le da una configuración de puente, de tierra de paso, de tránsito, no de permanencia, y toda nuestra historia es una historia de viajes y aventuras de mar... Pero, en medio de dos mares, en 1880, Nicaragua era un país anclado a tierra; sus puertos se asfixiaban y en el barrio de los pescadores de Granada las barcas habían quedado secas en mitad de las calles y el mar era una nostalgia nacional”. Fue entonces cuando ese niño en Corinto sintió por obra del mar, que entraban en su corazón “ansias desconocidas y misteriosos ensueños”. Nació el primer poeta mediterráneo de América. Rubén Darío iba a abrir, como Ulises, los horizontes vedados. “Darío —agrega el mismo Cardenal— fue nuestra salida al mar, el acontecimiento geográfico más grande de Nicaragua...”.

Si Rubén comienza junto al mar, Azarías Pallais termina también allí. El había recorrido todos los caminos de Nicaragua en un peregrinaje juglaresco y franciscano; en polvo y en fango, en toda tierra sus huellas dejaban un canto, pero sus “Caminos” se dirigían al mar para su última Misa —“Misa Solemnis in La”— en el puerto donde se abrió a Nicaragua la conciencia poética de su condición mediterránea.

El gran canto al mar, de Pallais —que yo considero uno de los más hermosos de nuestra lengua— no es, sin embargo, el canto del navegante sino el canto del hombre de la tierra, el canto del peregrino y del andariego que llega al litoral y, reviviendo los conceptos cosmogónicos de los antiguos Nicaraguas, sube por sus gradas azules al altar de Dios y dice, como sacerdote, su solemne Misa cantada. “para

que Dios, como en la Biblia,
se vea, cara a cara”.

Hubiera querido en la ocasión extraordinaria del traslado de sus restos comentar este poema para el cual, sin saberlo, hizo su música Debussy. Rubén incorporó por el mar, a la tradición literaria nicaragüense, todo el legado millenario de Occidente. Pallais construye su gran Mar incorporando a su movimiento sinfónico a todos los pintores y a todos los músicos — colores e instrumentos — de la cultura de Occidente. La riqueza cromática, en que cada tono está respaldado por un pincel inmortal; la riqueza de sonidos, de registros, pianos, trombones, clarinetes, violines — notas de

“Verdi, Rossini, Bach, Beethoven, cuántas? cuáles?

Alegría de notas, en fiestas desiguales”... hacen de este poema un prodigioso puerto de belleza: si Corinto se llamó Corinto con la nostalgia griega de su nombre fue para tapizar sus arenas con esta mágica introducción de colores y sonidos a la aventura del Mar.

Muchas veces al regresar de mis lecturas de Pallais, y al cerrar sus páginas que finalizan en esta gran Misa oceánica, me he preguntado: ¿no está encerrada toda la esencia de su poesía en dos palabras últimas y sustanciales: CARIDAD y LITURGIA?

Digo “Caridad” en su sentido casi incomprendible para el hombre moderno machacado por los engranajes del dinero. Caridad en el sentido más evangélico y franciscano del amor por todo, o mejor dicho de descubrimiento y nombramiento de las cosas por el Amor. La alegría de las cosas en la poesía de Pallais es obra de la mirada amorosa del poeta. Leyendo sus cantos por los “caminos” de Nicaragua —caminos de pobreza iluminada, donde la misma persecución que sufre el poeta y sus temores y sus amarguras parecen transformarse en alegría al hacerse canto— recordé una página muy profunda del “DIARIO” de Julien Green:

“Pregunté el otro día a un religioso si había reflexionado alguna vez en la dicha de los hombres de la Edad Media, que vivían en un mundo en que la duda tenía un lugar restringido, y en general todos creían las mismas cosas. Pero nosotros, que VIVIMOS EN UN MUNDO EN QUE LA DUDA ES EN CIERTO MODO LA OPINION GENERAL, cómo sería posible que no nos sintiéramos aislados y como perdidos en la civilización moderna, nosotros y nuestras extrañas ideas sobre la encarnación y la transustanciación (extrañas a los ojos del mundo, pero, a los nuestros, tan naturales como la presencia del sol en el cielo)?... Los primeros cristianos, perdidos en medio de la civilización romana, debieron de experimentar un poco lo que nosotros experimentamos hoy día (IV, p. 210).

Pallais es ese ser de sustancia medioeval que aunque viva la dramática soledad del cristiano moderno, todavía tiene una infinita reserva de comunión franciscana con las cosas y gracias a ella puede todavía tocar con sus manos la verdadera alegría.

1 - VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA

¿Quién escribirá algún día esa virtud de la poesía de Pallais —fuente casi sellada en nuestros tiempos de humor negro— la “ALEGRIA”?.

La alegría de Pallais es su lección de Amor. Agua viva de su Caridad.

Y su otra característica decíamos que era la Liturgia, porque para Pallais en su poesía y en su vida el mundo es un curso de liturgia, es decir una escuela de revelación de lo invisible.

Sus Mayúsculas, sus Misas, los nombres que asume como poeta, siempre revelan, siempre descubren, arriba del signo, otra presencia.

A veces el oro del atardecer traspone la sonrisa de la Gioconda y detrás del color y la sonrisa hay todavía un Mar griego y las olas del Mar griego, cuando menos pensamos, nos están llevando a las playas inefables del Reino de Dios. Todo gesto se abre en un abanico de siete significados. El poeta dice una palabra pero el sacerdote le da siete profundidades.

Así como la alegría, esta luz última de sus signos —fruto de un don litúrgico único en la historia de la poesía hispanoamericana— hacen de la poesía de Pallais un don siempre vivo para bañar en su claridad vidente las oscuras perversidades que ciñen nuestra vida.

“Y si te gusta bueno, y si no, pues también, como el Dogma que tiene siete sellos.

Amén”.

PABLO ANTONIO CUADRA